Investigar en España: nuevas paradojas (I)

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

Mucho tiempo ha pasado desde aquél tristísimo “que inventen ellos”, mucho ha cambiado España y mucho dinero se ha invertido para que “no sólo inventen ellos”. Sin embargo, todavía seguimos –y seguiremos- escuchando muchas quejas y lamentos de los investigadores, que nunca parecen estar satisfechos. ¿Será que se quejan por puro vicio? ¿Lo hacen por simple autojustificación ante esos éxitos que parece que nunca llegan? No; rotundamente, no.

El investigador al que yo siempre me refiero es, *per se*, inconformista, crítico y exigente, cualidades que permanentemente debe blandir en defensa de sí mismo y del grupo. Su descontento siempre va apoyado en poderosas razones, pues de hecho suelen ser los mejores quienes se ponen al frente. Recordarán que fueron ellos los que encabezaron el decapitado, que no olvidado, Pacto por la Ciencia. Es cierto, y así lo reconozco, que los fondos para investigación y para la creación de nuevas plazas de investigadores han crecido notablemente en los últimos años, pero también lo es que ni eso es todo, ni con dinero nos silenciarán. En pleno 2007 las voces de descontento continúan, e incluso arrecian, dirigidas contra un desorbitado aumento de la carga burocrática de la investigación.

Hace apenas dos semanas, nada menos que 525 investigadores españoles denunciaban que “Dirigir un proyecto de investigación se ha convertido en un calvario”. Qué razón tenía el eminente investigador de la Universidad de Sevilla, profesor Enrique Cerdá, cuando en la ceremonia de constitución de la Academia de Ciencias, hace ya cinco años, señalaba que la cantidad de dinero que se puede conseguir para un proyecto de investigación está en relación inversa con la cantidad de papeles necesaria para solicitarlo. Se da la paradoja de que ahora que hay fondos, carecemos ya de personal administrativo para la gestión, ya de técnicos de laboratorio, ya de espacio físico dónde ubicar a los investigadores. Ni siquiera se puede contratar a los mejores, pues encontramos trabas hasta en el trámite para la homologación de sus títulos, en el caso de los extranjeros.

La tarea investigadora, en cuanto a su competencia pública, no tiene parangón con ninguna otra faceta de la administración general del estado, por lo que –digámoslo tantas veces como sea menester- necesita un trato diferencial, dando plena confianza y libertad a los líderes y, por supuesto, exigiéndoles responsabilidad a posteriori, pero arbitrando cuantas medidas sean necesarias para liberarlos del fuerte corsé burocrático que tradicionalmente los atenaza y recorta sus resultados. Por ejemplo, deben gozar de plena autonomía para contratar –o despedir- administrativos, tecnólogos, becarios o investigadores según las necesidades del proyecto, aunque no hayan sido previstos en la correspondiente solicitud de financiación. El lema debe ser tan simple como este: Consiga los mejores resultados con la financiación que dispone. Ya se ocupará de rendir al máximo, pues su futuro, individual y de grupo, está en juego. Si los países anglosajones lo llevan haciendo tantos siglos, es obvio que se puede hacer y que España, por su propio beneficio, lo debe imitar.

El paleontólogo Juan Luis Arsuaga, premio Príncipe de Asturias de investigación y uno de los firmantes, dice que "también falta personal que se dedique a vender el trabajo de los investigadores y a procurar financiación. Me gustaría que alguna vez la Universidad me llamara y me dijera que han hablado de mi trabajo a alguien que resulta luego estar dispuesto a montar un proyecto. Somos siempre los investigadores los que buscamos la financiación. Estamos a un metro

de distancia de la excelencia, pero no logramos acortarlo. Para ello, hay que atraer a los mejores cerebros y a la inversión privada. La pública, ahora, no está mal".

Otro Príncipe de Asturias de investigación, Juan Ignacio Cirac, no firmante del documento, porque desgraciadamente no trabaja en España, cuando el pasado verano se le preguntaba si volvería a trabajar aquí, respondía con un no rotundo, pues “las condiciones que tengo en Alemania no las tendría aquí. El Max Planck tiene mucho prestigio y el apoyo de la sociedad alemana. Fíjese: en el despacho de al lado trabaja T. Hänsch, el Nobel de Física del año pasado. Pero, sobre todo, hay una tradición de valoración social de la ciencia. Los científicos salen a menudo en la prensa a explicar qué hacen y la gente se interesa. No puedes pretender que te dejen en paz y luego pedir dinero. Y en España ese canal falla. Por contrato yo tengo comprometido un presupuesto para investigar sin tener que presentar proyectos. Eso elimina toda la burocracia que hay en España y en otros países”.

Si presumimos de ser europeos y podemos estar en cabeza, ¿porqué conformarnos con el furgón de cola?

Ángel Ferrández Izquierdo es catedrático
de la Universidad de Murcia